

FERNANDO MAÑÉ GARZÓN

Médico, zoólogo, historiador

(1925 – 2019)

Dr. Augusto Soiza Larrosa

Miembro de Honor y expresidente de la
Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina

*“Me pasé la vida tomando apuntes de personas, hechos
e instituciones; atesorando bibliografía de difícil conservación.*

*Siempre se lo digo a mis alumnos:
la mejor forma de hacer ciencia es conociendo su historia”.*

Fernando Mañé Garzón

(Noticias 2019 del Museo Histórico Nacional,
nota necrológica, 27 de enero de 2019)

La Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina - fundada en 1970 - me ha conferido el honor, tal vez por mi condición del último superviviente del grupo pionero de esa Sociedad, de revivir la participación del doctor Fernando Mañé Garzón en los años en que participó activamente y presidió esa Sociedad.

No tuvo ancestros historiadores que le incitaran al estudio del pasado, como sí los tuvo médicos que motivaron – así lo refirió – el que lo fuera su padre, el cirujano Alberto Mañé Algorta y tal vez, - admiraba a su padre - él mismo.

Es enigmático porque médicos prestigiosos y activos en su profesión, muy exigente por cierto, sustrajeron horas al quehacer profesional y las dedicaron a cultivar con calidad la investigación, la docencia y la difusión en revistas y libros, de altas expresiones de la cultura - historia y otras - fuera de la medicina.

El enigma viene de nuestros primeros médicos. Teodoro Miguel Vilardebó (1803) - médico y cirujano - fue naturalista aficionado y recogió el habla de algunos indígenas de la etnia charrúa. Ya en el siglo XX, Rafael Schiaffino (1881) - higienista - escribió la primera y gran obra de historia médica nacional, hizo la biografía de Vilardebó, de los cirujanos artiguistas, se ocupó de las fuentes públicas del Montevideo colonial y tuvo tiempo para escribir sobre Cervantes. Le siguió Washington Buño (1909) - citohistólogo - que hizo la historia de la fiebre amarilla en el Uruguay, de la profilaxis de la viruela, describió las tesis de los primeros médicos uruguayos, y tuvo tiempo para relatar un curioso viaje de un médico del siglo XVI. Y viene entonces Fernando Mañé, con el cual se completa la trilogía que hemos calificado de “los tres grandes: Schiaffino-Buño-Mañé”. Peligrando se me acuse de olvidos muy respetables, pero tal es mi pensamiento.

¿Entonces, cómo llegó el Mañé historiador?. El mismo enigma de cómo nos legaron abundante y original historia escrita el pediatra Walter Piaggio Garzón, el cirujano hidatidólogo y de niños Velarde Pérez Fontana, el ginecoobstetra Augusto Turenne, el pediatra Miguel Angel Jaureguy, el internista Héctor Muiños, el médico del pueblo de la Restauración, Luis Bonavita, el pediatra y fisiólogo Ruben Gorlero Bacigalupi, el médico del barrio de Piedras Blancas Héctor Brazeiro Diez, el farmacoterapeuta Héctor Rossello. Y me detengo aquí sin citar a tantos médicos que dejaron obra historia editada o inédita. Y dejo de lado otras actividades de alto valor cultural como la música, incluido el jazz con el organista y pianista Manuel Salsamendi, la literatura con Eduardo Blanco Acevedo, miembro de la Academia de Letras, Emilio Oribe y Valeriano Magri, ambos poetas; la pintura de caballete con Raul Praderi. Y las ciencias naturales con Rodolfo Tállice, Garibaldi Devincenzi, Ergasto Cordero, Carlos Torres de la Llosa, Héctor Osorio.

Entonces algo ha de haber para que haya sido tan frecuente la conmixión del ejercicio médico y la incursión en actividades de alto vuelo intelectual.

Pienso que en Fernando Mañé – aunado a la historia familiar, anecdótica, en conversaciones de gabinete y de sobremesa, tan rica en el campo de la política y la diplomacia - bien pudo ser su precoz contacto (luego reiterado ya médico) con la cultura europea, y particularmente francesa. Aún niño, con once años, fue llevado a París y Ginebra por ser su padre Ministro Plenipotenciario del Uruguay. Y asistía - privilegiadamente - a las visitas que el gran periodista que fue Eugenio Garzón hacía a su casa parisina. ¿Cómo puede haberle impactado a esa temprana edad el convivir por varios años con una sociedad tan culturizada?.

Y luego ya recibido de médico, completar con su viaje iniciático en Francia asistiendo a servicios pediátricos y laboratorios de ciencias naturales de primer nivel.

Claro que había sin duda una personalidad receptiva, ya que muchos médicos pasaron por una experiencia similar en el exterior, pero no incursionaron en expresiones de elevada cultura fuera de la medicina.

En la construcción del personaje intelectualmente cultivado, como lo fue Mañé Garzón, tiene que haber incidido aquella temprana experiencia. El deseo de saber, base de la investigación, lo dirigió a las clínicas parisinas que encabezaban la moderna pediatría con Robert Debré, la genética aún en pañales, con Maurice Lamy, la bioquímica y la fisiología con Guido Fanconi, la teoría de la evolución y la práctica de laboratorio con Pierre-Paul Grassé. La vinculación con estos grandes hombres de la clínica pediátrica y del laboratorio de la evolución de los seres organizados no puede sino haber dejado profunda huella en su espíritu.

Practicar la ciencia histórica es también un deseo de saber. De ahí su juicio rotundo: “*Siempre se lo digo a mis alumnos: la mejor forma de hacer ciencia es conociendo su historia*”. Recuerdo cuando en el hall de la Facultad se le preguntó alguna vez a Ruben Gorlero Bacigalupi *¿sigues dedicándote a esas tonterías?* (comunicación personal).

Así que ciencia biológica e historia pueden ir juntas, una prueba es precisamente la trayectoria del Dr. Fernando Mañé.

Su vocación histórica debe haberse despertado tempranamente . De ahí su afán de coleccionista y bibliófilo. ¿Cómo pudo adquirir la colección completa de *El Defensor de la Independencia Americana*, periódico de la época de la Guerra Grande editado entre 1844 y 1851?. O el raro ejemplar de lotería de cartones en cuyo reverso lucían versos del poema de José Hernández *Martín Fierro*, hoy preciada pieza de que desvela a los coleccionistas. Y que ví en la casa de remates de Gomensoro hace muchos años, donde vendió su espléndida biblioteca americanista. Quien gusta de esos avatares da fe de que tal colección no se reúne sino en muchos años de búsqueda inteligente y con profundo conocimiento de lo que se atesora. Y Mañé en la época que vendió su biblioteca, década de los años 70s había atesorado una inmensa colección de obras originales, raras, príncipes. Seguramente fruto del sagaz colector en historia desde la juventud. Desde los años del viaje iniciático apenas graduado. Colector en ciernes desde aquel viaje de niño a París y Ginebra.

Ahí está a mi entender la raíz de su afición histórica. Y naturalmente especializada en lo que era: un protozoólogo, un médico, un pediatra, en fin, un científico.

Pero algo frustraba esa vocación de historiador de la ciencia. Si no hay un ambiente propicio, acogedor, la vocación queda amputada. Y limitada al estrecho espacio del gabinete, de la biblioteca, de un mínimo auditorio de

amistades. Tal vez de tertulias en librerías de viejo. Que sí las frecuentó: *Oriente y Occidente* de Julio Moses en la calle Cerrito; la *Librería Anticuaria Americana* de Adolfo Linardi, en la calle Juan Carlos Gómez; *Altazor*, del Prof. Diego González Gadea en la calle Colonia, casi Magallanes. En esos locales de sugerente olor a papel envejecido, se codeaba con el latinista Vicente Cicalese; con el antropólogo de las culturas del Pacífico, Olaf Blixen, el editor de la revista *Moana* de circulación mundial; con el historiador y gran amigo Juan Pivel Devoto; con el filósofo Juan Fló; con el sagaz librero Adolfo Linardi, seguramente uno de los proveedores de sus preciosidades bibliográficas.

Y luego encontró Mañé Garzón el ambiente que requería su vocación histórica en la *Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina*.

Pero aventemos errores. Esa Sociedad fue fundada en Montevideo el 8 de setiembre de 1970 a instancias de los Dres. Fernando Herrera Ramos y Ruben Gorlero Bacigalupi. El Dr. Fernando Mañé no integró el núcleo fundador como alguna vez se ha dicho. No aventuramos causa. Y no porque careciera de obra histórica conocida (sólo había hecho la biografía de su maestro Ergasto Cordero en 1963 publicada en las superespecializadas *Comunicaciones Zoológicas del MHN de Montevideo*). Porque tampoco la tenía Herrera Ramos, que sí fue el fundador. Sólo Gorlero Bacigalupi, cofundador, tenía obra editada.

Lo cierto es que Mañé, al lado de su ejercicio pediátrico, estaba prácticamente dedicado a la protozoología. Fue Subdirector y Jefe de la Sección Zoología en el Museo de Historia Natural de Montevideo desde 1952 secundando al Director, el botánico Diego Legrand. Abandonará el Museo por el trago amargo que le deparó su frustrado acceso a la Dirección, con la consiguiente renuncia en 1970. Y desde 1966 era Profesor titular del

Laboratorio de Zoología Invertebrados de la Facultad de Humanidades y Ciencias, cargo que abandonará tardíamente, en 1985.

Tenía pues bastante ocupado su tiempo en el ejercicio médico y zoológico.

Las actas de la Sociedad de Historia, hoy custodiadas en el Departamento de Historia de la Medicina de la Facultad, dan cuenta que “desde el 28 de noviembre de 1972 al 7 de junio de 1977 la Sociedad funcionó periódicamente” pero no se llevaron actas. Estas se reanudaron desde esa fecha, y *en la sesión del 15 de agosto de 1978 se incorporó el Dr. Fernando Mañé Garzón*. Habían transcurrido ocho años desde la fundación. DesdeA partir de 1978 su presencia fue continua en los primeros martes de cada mes, fecha ordinaria de sesiones de marzo a diciembre hasta el día de hoy. A la muerte del Prof. Em. Dr. Washington Buño en 1990, el Dr. Mañé se convirtió en el alma de la *SUHM*.

Sería fatigoso y abusivo detallar la extraordinaria actividad que desarrolló Mañé en nuestra Sociedad. Presidente varias veces; Miembro de Honor; factótum de su revista *Sesiones de la SUHM* con su ayudante de clase Br. Juan Ignacio Gil (continuado luego por la Br. Sandra Burgues), revista que constituye la principal fuente de la investigación histórico médica en el Uruguay y cuyo primer volumen lleva la fecha 1986. Programador de reuniones interdisciplinarias con otras sociedades; organizador del programa de las sesiones mensuales; edición (a su costo) de obras históricas de relevancia. Coordinador en fin de un grupo de fieles adherentes a la historia de la medicina que se mantiene hasta hoy, acrecentado sin duda, nunca desfalleciente. a quien reconocen como “el Maestro”.

El desprendimiento más importante de esta Sociedad ha sido la instalación de la Sección Historia de la Medicina en la Facultad, hoy Departamento. Y ha sido éste creación del Dr. Mañé, que inició la docencia en historia de la medicina oficialmente y en forma continuada en 1988, cuando se dictó el

Primer Curso Libre organizado por la Facultad, y a cargo del Prof. Mañé Garzón por designación del Consejo.

Lo recordamos en el modesto y oscuro despacho en el subsuelo de la Facultad, un depósito de libros descartados pertenecientes a la biblioteca. Allí instaló la *Sección Historia de la Medicina*. Es de justicia recordar a quienes le secundaron en esa obra: el primer ayudante de clase financiado con rubros extrapresupuestales, el Br. Juan Ignacio Gil Solares; y la segunda, la Br. Sandra Burgues Roca. Ya en los últimos años, la Br. Mariangela Santurio.

Como “Encargado” honorario de la Sección y Departamento de Historia de la Medicina Mañé Garzón desde 1988 hasta su fallecimiento en 2019 dictó anualmente el Curso de Historia en dos semestres. Y logró establecer su continuidad superando así el fracaso del Prof. Em. Washington Buño que había gestionado en su presidencia de la *SUHM* ante el Consejo de la Facultad el reconocimiento de la enseñanza de la historia de la medicina en forma curricular. No se le hizo lugar. Hoy, integra el curriculum de estudios y genera créditos para la graduación.

Finalizado el primer año de aquella Sección, 1988, elevó con su ayudante de clase Juan Ignacio Gil, un pormenorizado informe al Consejo de la Facultad que se inicia con estas palabras: “*Por primera vez, a partir del mes de abril de 1988, se ha organizado en la Facultad de Medicina una Sección dedicada a la docencia, investigación, asesoramiento, archivo y extensión cultural en Historia de la Medicina*”. A éste le siguieron sucesivos informes anuales, impresos y encuadernados que constituyen una preciosa documentación histórica.

Su muerte, acaecida en paz el 23 de enero de 2019, al filo de cumplir sus 94 años, privó a la República de uno de sus más esclarecidos ciudadanos, pero dejó en quienes le conocieron y trataron el recuerdo de su prolífica vida y

vasta obra, dedicada a la ciencia y a la cultura, sin egoísmos, sin chaturas,
sin renunciamentos.

Dr. Augusto Soiza Larrosa

Montevideo, 8 de junio de 2019.